

Bogotá busca fiesta: entre el Halloween y el carnaval

Carlos Miñana Blasco

Profesor Universidad Nacional de Colombia

V Encuentro para la Promoción y Difusión del Patrimonio Inmaterial
de los Países Andinos – Quito (Ecuador) - Septiembre 26-Octubre 1, 2004

Resumen: El trabajo se pregunta por la percepción de la ausencia de una fiesta en la ciudad de Bogotá (Colombia) por parte de sus habitantes y líderes desde hace más de 150 años. Argumenta que desde hace unos 40 años la ciudad tiene su fiesta popular: El Halloween. A través de su seguimiento en la prensa nacional, muestra la forma como se importó y se popularizó hasta constituirse como una celebración intergeneracional e interclasista a finales de los años 70. Analiza la manera en que distintos sectores sociales han intentado apropiarse de la fiesta y definir su sentido, pero cómo conserva su carácter polisémico y abierto. A partir de un trabajo de campo desde 1997, intenta una interpretación del Halloween en Bogotá como ritual y carnaval del consumo capitalista y muestra las transformaciones de la fiesta en relación con las transformaciones socioespaciales de la ciudad en estos últimos 30 años. Finalmente, analiza el intento de apropiación de dicha fiesta por parte de la actual administración distrital en su esfuerzo por inventar una fiesta popular para la ciudad.

“Hoy que están de moda en las grandes capitales las grandes fiestas, ¿por qué no hemos de tener también la nuestra? Nosotros que somos tan amigos de fiestas, y que a faltas de otras, nos divertimos y solazamos con las de la iglesia ¿no hemos tenido por acá exposiciones de la industria nacional? ¿No tenemos comunistas y socialistas como en Francia? ¿No hemos proyectado hasta un ferrocarril de Bogotá a Facatativa?”

Periódico *El pasatiempo*, Bogotá, 26 de octubre de 1851

“Si Cali y Manizales tienen feria, y Barranquilla y Pasto un carnaval, ¿por qué Bogotá no tiene su propia fiesta? Esa pregunta se la hizo el alcalde de Bogotá Lucho Garzón, y por eso le pidió a su directora de Cultura, Laura Restrepo, que estudiara la posibilidad de que los cachacos tuvieran su propio carnaval. La decisión se tomará en las próximas semanas y en caso de que se apruebe el proyecto, agosto, fecha en que se celebra el cumpleaños de la capital, sería el mes ideal”

Periódico *El tiempo*, Bogotá, 9 de enero de 2004

Bogotá es una de las pocas metrópolis en América Latina que a primera vista no cuenta con una fiesta popular que la identifique, que la integre, que convoque a diferentes generaciones, orígenes y estratos sociales. Como muestra el actual

alcalde en la cita que inicia este trabajo, los bogotanos tienen la percepción de que en su ciudad no existe un carnaval, una fiesta patronal o religiosa, una feria, una fiesta fundacional o política que impacte a la ciudad en su conjunto. En Colombia, por el contrario, la mayoría de las ciudades celebran una o varias fiestas importantes que las movilizan al menos por una semana en el año. Incluso los colombianos y latinos en Nueva York celebran desde hace años el Festival Independencia de Colombia en Queens.

En el proceso de crecimiento de la urbe¹ no se logró que una fiesta local o barrial – como suele suceder- logre expandirse, transformarse, y convocar a toda la ciudad. Podría haber sido la fiesta de reyes, el 6 de enero, que todavía se celebra en los barrios de Egipto y de San Fernando. El carnaval de Riosucio (Caldas), o el de Negros y Blancos de Pasto, dos de los tres carnavales más consolidados del país, surgieron de esta fiesta.² Bogotá tuvo su carnaval a comienzos de siglo, pero no se mantuvo. Tampoco se logró, a pesar de varios y reiterados intentos por parte de las administraciones municipales, imponer y consolidar una fiesta cívica promovida desde la alcaldía o desde el sector privado. Igualmente han fracasado los esfuerzos de las colonias por trasplantar las fiestas regionales a Bogotá, como el carnaval de Barranquilla por parte de los caribeños –con su desfile en la carrera 15-, o la feria de las flores por los paisas. En el nivel local, con el apoyo de las alcaldías locales, educadores y casas de la cultura, ha habido esfuerzos importantes y logros desde hace unos 20 años por consolidar celebraciones locales en sectores populares caracterizadas por desfiles, conciertos, teatro callejero y una amplia programación

¹ La ciudad de Santafé fue fundada el 6 de agosto de 1538. Según el censo de 1843 Bogotá, ocho años antes del artículo en *El Pasatiempo* que se quejaba de que la ciudad no tenía una fiesta, contaba con 40.086 habitantes, lo que equivalía al 2.07% de la población del país. La población aumentó a 100.000 en 1905 (se duplicó) y a 200.000 en 1927. En el censo de 1985 la población de la capital había aumentado a 4.100.000 y en 1993 llegó casi a 6.000.000. Actualmente cuenta con unos siete millones de habitantes (como el 17% de la población del país) y una extensión aproximada de 33.000 hectáreas.

² En Miñana (1997) analizo la muerte de la fiesta de reyes en Popayán y sugiero algunas pistas de transformación y éxito en la población vecina de Pasto al convertirse en carnaval.

cultural.³ El Festival Internacional de Teatro de Bogotá, que se celebra cada dos años desde 1988, se ha querido convertir en la fiesta de Bogotá; pero, aunque hay varios desfiles y teatro callejero, la fiesta se concentra en las salas de teatro y los bogotanos no pasan de ser espectadores, como muy bien dice el slogan de su novena versión en 2004: “un mundo para ver”. Las fiestas patrias nacionales, como el 20 de julio, se reducen en Bogotá a colgar la bandera en las ventanas y a un desfile militar en el centro.

La única fiesta importante es la Navidad, una fiesta religiosa con gran despliegue comercial, con simbolismos cada vez más globalizados, y que –paradójicamente- es de tipo centrípeto, centrada en la familia o, a todo lo más, en la cuadra (Miller 1995).

Por otra parte, para la mayoría de los bogotanos, decretar un día festivo hoy es una invitación no al festejo colectivo, sino a lo que se ha venido llamando “ocio” –nada más alejado del “ocio” que la “Fiesta”-, al éxodo masivo, a abandonar la ciudad hacia la sabana en un día de picnic, en busca del piquete o comida de campo o de los asaderos de carne a la brasa, o hacia “tierra caliente” atraídos por los balnearios y piscinas. Los que no disponen de recursos para viajar –si acompaña un día soleado- ocupan en forma masiva los parques, ciclovías y zonas peatonales en el centro de la ciudad.

En la ciudad proliferan durante todo el año la rumba y los conciertos masivos, en la noche, y en el día las fiestas infantiles y escolares, las celebraciones y peregrinaciones religiosas de diferentes confesiones. Bogotá es una ciudad festiva pero altamente fragmentada y que no se celebra como ciudad en su conjunto.

³ En Miñana (2002) esbozo el papel de los educadores y los colegios públicos en este fenómeno comparando el caso bogotano con el barcelonés.

A finales de los 90 la Alcaldía Mayor de Bogotá encargó a un grupo de investigadores del Observatorio de Cultura Urbana un estudio sobre las fiestas en Bogotá con el fin de explorar y sustentar el diseño de una fiesta para Bogotá. El libro que publicaron los investigadores termina refiriéndose únicamente a la rumba nocturna, en especial la de la zona rosa, y a las celebraciones religiosas en torno a los templos católicos y a los centros de oración evangélicos (Pérgolis, Moreno Hernández, y Orduz G. 1998). La administración del alcalde Antanas Mockus -muy coherente con su propósito de formar a los bogotanos en la “urbanidad”, en la civilidad que requiere una urbe- intentó crear una fiesta popular con el Festival de verano donde los mensajes y simbolismo apuntaban reiteradamente a la convivencia, a la rumba “zanahoria”, autocontrolada, casi “vegetariana”. Se celebra en el Parque Metropolitano Simón Bolívar desde 1997, dura 10 días, y consiste básicamente en una serie de conciertos y algunas actividades de recreación al aire libre. Pero, al igual que pasó con iniciativas de fiestas cívicas anteriores -como la Gran Semana de Bogotá del Decreto del 3 de octubre de 1842 y en general los esfuerzos por secularizar las fiestas religiosas en el siglo XIX que ha analizado el historiador Marcos González (1993)-, no logró arraigo popular, expansión a toda la ciudad, ni continuidad.

La tesis que voy a sustentar en este trabajo -todavía preliminar- es que, aunque los investigadores, los administradores de la ciudad -y pareciera que los bogotanos- no nos hemos dado cuenta todavía, Bogotá ya tiene una fiesta popular de verdad que podría llegar a ser reconocida como la fiesta de la ciudad o como su germen. Esta es una fiesta que no está consagrada en el calendario, que se celebra sin que nadie en concreto la convoque, sin que sea un día festivo y aunque las autoridades y los empresarios no concedan el día libre; una fiesta que se organiza sin programa oficial, sin horarios ni protocolo, sin líderes ni organizadores, sin reina ni primera dama, sin desfile ni recorrido oficial, sin diferencia clara entre actores y espectadores, sin presupuesto...; una fiesta en la que -a manera de guerra de

guerrillas, no de desfile ni de gran concentración de masas- millones de personas, bebés, niños, jóvenes, adultos y ancianos -y hasta mascotas- se toman las calles disfrazados y en forma festiva: es el Halloween.⁴

Construyendo un pedigrí

Entre los que la celebran a casi nadie parece interesarle el tema de los orígenes de la fiesta del Halloween del 31 de octubre. Sin embargo la prensa desde comienzos de los años 70 insiste año tras año en publicar una serie de notas -que nadie invoca- sobre sus orígenes celtas, su asimilación definitiva al calendario festivo católico en el siglo IX, su traslado a EEUU por los irlandeses a mediados del s. XIX y su consolidación en ese país en su forma actual hacia 1930 (Cattabiani 1990) (Bonewits 2004) (Cohen y Coffin 1991). Si bien en el caso bogotano la fiesta del Halloween se implanta por iniciativa de los colegios de elite reproduciendo el modelo norteamericano, la prensa insiste en los posibles vínculos o antecedentes en las celebraciones de los angelitos del 1 de noviembre, en especial en el Caribe y en el bajo Magdalena. Celebraciones similares se encuentran en todo Iberoamérica. El hecho de que un grupo de niños recorran las calles y visiten las casas pidiendo alimentos mientras entonan un breve estribillo con tono entre jocoso y amenazador, no es una exclusividad celta, irlandesa o norteamericana y se encuentra ampliamente difundido también en el ámbito iberoamericano -incluso en las mismas fechas- por lo menos desde finales del s. XIX (Adell Castán y García Rodríguez 1988) (Cattabiani 1990) (Cohen y Coffin 1991), es decir, antes de su

⁴ Desde 1975 que vivo en Bogotá me ha interesado esta fiesta y he participado activamente, pero sólo hasta 1997 iniciamos un trabajo formal de campo con un grupo de estudiantes del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia. En 1997 fue el grupo de estudiantes de un curso denominado Fiesta y ritual; en años posteriores, el grupo del curso Taller de Técnicas Etnográficas. En el 2003 se realizó un trabajo colectivo mucho más sistemático, tratando de cuantificar algunos aspectos de la fiesta. Agradezco la participación y los aportes de todos los estudiantes, y en especial a Marcela Pinilla, Gisela Castro, Ana M^a Arango, Mauricio Caviedes, Litz Sabogal, Laura Sánchez, Paola Vargas, Edgar Benítez y Luis Carlos Bernal (1997) y a Natalia Robledo, Carlos Palacios, Nurys Silva y Felipe Cabrera (2003), que son los que desarrollaron una labor de procesamiento y análisis de la información más intensiva.

forma actual que se consolida en EEUU hacia 1930 (Cohen y Coffin 1991) (Bonewits 2004).

Sin embargo, a pesar de este campo abonado por la tradición hispánica, el Halloween entra a Bogotá –y de allí a Colombia- en los años 60 como importación e imitación literal por parte de las clases altas de las celebraciones en EEUU. Es decir, el Halloween se inicia en Bogotá como una moda y como un símbolo de distinción y de clase. Así lo da a entender una nota periodística en el periódico *El Tiempo* de 1970 (noviembre 1):

«pues yo lo siento... yo no celebro esas fiestas gringas», fue la contestación de una vieja mal humorada, antes de cerrar la puerta de un golpe (...)

los niños «mayores» en cambio iban en carros haciendo sonar sus pitos y gritando a cada momento 'halloween'».

Más aún, se percibe como una fiesta modernizante, opuesta a la tradición local, y que genera rechazo de “los tradicionalistas”:

“Finalmente, y a pesar de los tradicionalistas ésta llegó a Colombia hacia los años setenta” (El Tiempo, octubre 31 de 1986).

La prensa, aunque recoge las protestas de los enemigos de la fiesta, va a cumplir una labor de apoyo a su consolidación, registrando su celebración, presentándola como positiva e invitando a “solidarizarse” con los niños. Los niños, como en otras muchas ocasiones, son utilizados como pretexto para promover o sancionar diferentes iniciativas. En *El Tiempo* de 1973 se etiqueta negativamente a los adultos que no quieren participar con la denominación de “ogro tacañón”.

Las referencias iniciales en la prensa no se sitúan en las portadas sino en las páginas sociales, en los espacios donde se exhibe la vida social de las elites y de los

arribistas.⁵ Allí se invita a las señoras –las principales destinatarias y lectoras de dichas páginas- a que compren dulces. Como era de esperarse, la industria de los caramelos y dulces (Colombina, principalmente) es la que va a impulsar comercialmente la fiesta y va a motivar la publicación de notas sociales.⁶ Tanto las notas como los avisos comerciales desde 1970 adoptan un tono didáctico, adecuado a la introducción de una nueva moda:

“...y luciendo vistosos disfraces los niños llegarán a su puerta la noche del 31 de Octubre”

El tono moralizante, preventivo y didáctico de la prensa va a mantenerse durante todos estos años hasta hoy. Por ejemplo, en 1975, se advierte que tanto conductores como padres y niños deben tener un cuidado especial ese día, que deben respetar las normas de “buena educación”

“Pero... puede que alguna familia no tenga [dulces], o a otras se le acaben muy pronto. Insultar, rayar las paredes, dar patadas, es la peor norma de educación. Hay que recordar que los dulces se dan voluntariamente, pero no hay ninguna obligación para hacerlo”.

Dichas menciones a la “buena educación” y la prevención de conductas y situaciones consideradas como inadecuadas o peligrosas, muestran que desde muy pronto la fiesta se estaba “descontrolando” y adquiriendo unas dimensiones y características que nos hacen recordar los llamados de atención, sanciones y prohibiciones de las autoridades civiles y religiosas desde tiempos inmemoriales respecto a las fiestas y carnavales (López Cantos 1992).

⁵ Con el paso del tiempo el tema va a desbordar las páginas sociales y, a mediados de los años 90, la prensa va a dedicar al Halloween secciones enteras e incluso separatas especiales.

⁶ Colombina es una empresa que este año cumple 75 de fundada y que, en buena parte gracias al Halloween “espera ventas por más de 500 mil millones de pesos este año”, no sólo en dulces sino en ramas afines como mermeladas, galletas y helados. “Desde hace más de 30 años [es decir, justo los inicios del Halloween en Colombia], Colombina es líder en el mercado colombiano de dulces, con más del 50 por ciento de participación” (*El Tiempo*, 16 de septiembre de 2004).

En 1974 desde la prensa se trata de impulsar el nombre de “Noche dulce” o “Noche de los niños” para la fiesta. Pero ésta, desde sus inicios, no fue solamente una fiesta de los niños, sino también de jóvenes y adultos. Ya vimos, anteriormente, en un periódico de 1970 la mención a los *niños “mayores”* en carro. En la prensa de 1974 hay abundante propaganda de fiestas privadas en restaurantes y hoteles con concursos de disfraces y la crónica del día siguiente menciona:

“Para el mejor disfraz de los brujos grandes, en una curiosa fiesta que un grupo de jóvenes organizó en una casona de la Candelaria, se dio como premio una libra de marihuana”.

Los niños de las clases populares e incluso los marginados fueron pronto introducidos en la dinámica de la fiesta gracias a dos mecanismos: en primer lugar, a través de las actividades paternalistas y de beneficencia, de la tradicional deferencia de las elites con los pobres en tiempos de fiestas⁷. Ya en 1970 en el *Club de recreación del gamín*, del barrio Samper Mendoza, se les preparó una fiesta a los “gamines” y los disfrazaron-uniformaron con antifaces rojos y negros. En segundo lugar, los niños de las clases populares imitaron rápidamente las expresiones festivas de las clases altas, más si el colocarse un antifaz hechizo garantizaba una buena provisión de dulces para una semana. Igualmente, los papás, los niños y los colegios de las clases medias y sectores arribistas emularon las celebraciones y disfraces de las elites.

Para 1978 el panorama se había completado y la fiesta estaba en plenitud en Bogotá. Así lo relata un día después una excelente cronista que destaca las ya claramente marcadas diferencias sociales en la celebración, las alegrías y los temores:

⁷ Recordemos el “tasajo” o la comida para los pobres desde la colonia en todas las fiestas en la América hispánica (López Cantos 1992) y que también documentamos en nuestro trabajo sobre la historia de las fiestas de fin de año en Popayán (Miñana Blasco 1997).

“...el estridente grito... llegó a todo Bogotá y llenó los pasillos de colegios, escuelas, las calles pavimentadas de sectores populosos, los lodazales de los barrios marginados, los parques y los bailaderos de moda (...) llenó de alegría los barrios del suroriente de Bogotá, donde los niños tuvieron programación especial que combinó glotonería y deporte, y culminó con un gran baile «a beneficio de las familias pobres”.

Muchas mamás prepararon disfraces para los niños: las pudientes los adquirieron hechos en los almacenes del ramo, las de clase media, los confeccionaron ellas mismas, y las pobres, desempolvaron viejos atuendos que quizás estuvieron de moda en los años treinta y los colgaron de los hombros de los críos (...) Disfrazados unos con profusión de lentejuelas y de fantasía y otros con cartón, jugo de remolacha y carbón vegetal (...)

y así las once de la noche se recogieron en sus viviendas a disfrutar de su singular botín que en la mayoría de los casos estaba compuesto por dulces ordinarios de esos que no llevan envoltura de papel (...) no se vio la lluvia de golosinas de otra época y los chocolates finos, las colombinas grandes y los bombones rellenos brillaron por su ausencia (...)

En los barrios del norte la animación fue total. Bandadas de niños salieron a la calle, mientras en las casas se organizaban fiestas para evitar, sin conseguirlo, que los niños salieran a la calle (...) al tiempo con niños salieron perros, hermanos mayores, padres y muchachas del servicio y las calles se llenaron también de «pelafustanillos» que causaban admiración en los otros niños”.

Qué nombre le pondremos

Desde el inicio de la celebración en Bogotá diferentes grupos y sectores sociales han tratado de definir y redefinir su sentido con diversas estrategias, especialmente, tratando de controlar las rimas que entonan los niños⁸ y nombrando la fiesta de diferentes maneras. Desde 1973 en la publicidad de los

⁸ A finales de los 70 se consolida la “traducción” popular más aceptada del “Treak or treat, Smell our feet. We want something good to eat” (Cohen y Coffin 1991) así: “Triqui, triqui, Halloween. Quiero dulces para mí. Y si no me das, se te crece la nariz”. La creatividad popular establece numerosas variantes –casi siempre más agresivas (“y si no me das, rompo un vidrio y salgo a mil”)-, pero determinados sectores sociales han intentado difundir, en un país en guerra, rimas como: “Dame paz, dame amor, dame dulces por montón” (Halloween 2003)

supermercados Carulla se alterna el término Halloween con Fiesta de los Santos, Noche Dulce, Noche de las brujas y Noche de los niños.

En primer lugar, se aprecian los vínculos con el día de todos los santos (1 de noviembre; antiguamente se iniciaba la celebración desde las 6 p.m. del día anterior). La conexión con la fiesta católica de los santos difuntos, remite a una idea religiosa y de respeto por los muertos que entraría en contradicción con la mascarada de la celebración y con las referencias a rituales paganos y brujas. Pero es ese mismo vínculo con los santos difuntos el que alimenta toda una serie de leyendas urbanas, expresiones y rituales tildados de “satánicos”, en especial los que celebran en los cementerios.



La denominación “Noche de brujas” hace gala a lo anterior y remite más bien a la forma como celebran la fiesta los jóvenes, asociada a elementos de terror, magia y misterio (recordemos la cita precedente de los “brujos grandes” en la fiesta de la marihuana).

Por el contrario, el nombre “Noche de los niños” o “Día de los niños” va a estar asociado desde el primer momento hasta hoy a las versiones moralizantes y pedagogizantes de la celebración. La carga diabólica, mágica, negativa y terrorífica de las brujas y los muertos se pretende calmar y acallar con la fuerza de la inocencia infantil, con la referencia a su ingenuidad y pureza, con los disfraces de princesas y conejos.



Las sectas cristianas no católicas van a satanizar esta celebración y despliegan campañas publicitarias casa por casa, en impresos y publicaciones, presentando videos sobre el tema en los salones comunales de los barrios e iglesias. Para ellos la celebración es desde todo punto de vista satánica, tanto por sus oscuros orígenes celtas, como por las referencias al calendario católico, como por el uso de símbolos mágicos y anticristianos. Ante la imposibilidad de detener el avance de la fiesta, algunas sectas se han acogido a la propuesta del Día de los niños y la impulsan activamente, al igual que la iglesia católica⁹ y prácticamente todos los colegios.



⁹ "NO AL DÍA DE LAS BRUJAS, SÍ AL DÍA DE LOS NIÑOS. Recordamos a nuestros colegas la posición pastoral de la Iglesia respecto a la celebración del 'Halloween', que puede sintetizarse en tres proposiciones:

- 1 - El Día de las Brujas es una fiesta pagana y culturalmente no corresponde a nuestra tradición.
- 2 - Ante la imposibilidad de eliminarla, convendría cristianizar su celebración, depurándola de los elementos paganos y centrándola en una fiesta de los niños que se preparan para el día de todos los santos. Los niños deben aspirar a ser santos.
- 3 - Este procedimiento de no 'satanizar' o condenar lo pagano, sino rescatar sus valores y hacerlos compatibles con el Evangelio tiene antecedentes tan importantes como el de la celebración de la Navidad en vez de la fiesta pagana del nacimiento del sol invicto el 25 de diciembre o la de celebrar a San José Obrero el 1 de mayo, eliminando el sentido marxista ateo que en su origen tuvo el Día del Trabajo". *El Catolicismo*, Boletín de la Arquidiócesis de Bogotá N° 11 (31/10/2002).

La mención a la “Noche dulce” se relaciona con los intereses de las industrias de dulces y del azúcar. En general se puede decir que el comercio y los industriales hacen uso del término dependiendo del tipo de productos y servicios que pretenden vender con motivo de la celebración. Los vendedores de disfraces y máscaras, los dueños de discotecas y salas donde se celebran fiestas de disfraces hablarán de Halloween y Noche de las brujas, al igual que los relacionados con el ramo de la decoración y con los productores y distribuidores de auyamas o calabazas. Los de accesorios y complementos para fiestas infantiles mencionarán en su publicidad el Día de los niños.



También se presenta desde sus inicios el punto de vista de los “autóctonos”, nacionalistas o folcloristas que rechazan la fiesta por ser una imposición, una moda o una importación extranjera¹⁰ o, ante el éxito imparable, proponen su adaptación a

¹⁰ HALLOWEEN, por Víctor Julio Sánchez Mora, *El Tiempo*, martes 5 de Noviembre de 1996: “En nuestro medio de vida no hay un modelo de proyecto social propio, es decir, no existe la identidad nacional. Por ello tendemos a copiar

las tradiciones locales introduciendo otros elementos “autóctonos”, como el discurso del alcalde en 1982 donde sugería cambiar las brujas por personajes de cierta literatura infantil colombiana engominada como Michín y Rin Rin Renacuajo¹¹, o enfatizando sus vínculos con la celebración de los “Ángeles somos” en la Costa Caribe:

“...Una bonita idea sería, entonces, que el próximo año la fiesta de las brujas se preparara con una campaña para hacerla autóctona” (El Tiempo, 1975, 31 de octubre)

Finalmente, en los esfuerzos por apropiarse y dotar de sentido a la fiesta, hay toda una serie de intentos siempre fallidos por desviar la celebración, aprovecharla o capitalizarla para alguna causa encomiable como la paz, la infancia abandonada, o la imagen de un político o una administración, convocando a marchas, desfiles, conciertos, actos simbólicos, o fiestas “a beneficio de”.

La riqueza del Halloween reside precisamente en su ambigüedad, en la ausencia de una versión oficial, de una autoridad reconocida o legitimada, en su polaridad paradójica: es una fiesta laica pero que afecta profundamente la sensibilidad religiosa de los evangélicos y del clero católico, al mismo tiempo que activa y saca a la luz una gran diversidad de grupos -o simplemente de manifestaciones- que podríamos tipificar simplificando mucho como neopaganos (ver un planteamiento serio en www.neopagan.net) y anticristianos; tal vez por su carácter liminal, por su anclaje en una tradición que habla de una especie de suspensión o debilitamiento de las fronteras del mundo de la vida y de la muerte, o simplemente porque se está en una fiesta de tipo carnavalesco o en un ritual de inversión, muchos se permiten negar, destruir, violentar o ridiculizar lo sagrado, lo intocable (ritos satánicos,

costumbres de otras partes, lo cual indica que a muchos compatriotas les da pena ser colombianos. Se ha olvidado por lo visto la historia patria, ya que se sigue adorando a los blancos anglosajones europeos, que masacraron a 70 millones de indígenas americanos en la Conquista; que han eliminado sistemáticamente a nuestros líderes y que nos asfixian con su modelo de Desarrollo”.

¹¹ Personajes –paradójica o coincidentalmente- caracterizados por su desobediencia y por los desenlaces trágicos de cada cuento.

disfraces de curas y de monjas), exteriorizar e hipertrofiar los símbolos sexuales y los tabúes. El Halloween es también ambiguo en cuanto a la connivencia entre el imaginario de inocencia infantil y de perversión, de dulzura arrebatada con gritos y amenazas. Es ambiguo también al integrar gratuidad, don y mercado, lo ancestral y lo mágico, y lo moderno, lo autóctono e importado, la vida y la muerte. Articula lo público y lo privado, lo callejero y lo familiar, propicia espacios de confluencia intergeneracional (bebés, niños, jóvenes, adultos, abuelos), al mismo tiempo que reserva espacios de exclusividad. Pone a competir a los héroes y antihéroes. Cultiva la confianza, el encuentro y el intercambio familiar, vecinal, interbarrial, pero en un ambiente de temor al extraño, al enmascarado, a la noche, a la calle, al secuestro infantil, al veneno o los vidrios ocultos en los dulces.¹² Es un fenómeno de la sociedad de consumo banal y mediática, y al mismo tiempo, enraizado en lo esotérico, en lo innombrable, en lo mágico. Todo lo anterior, su ambigüedad, polaridades y paradojas, convierte a esta fiesta en un espacio ritualizado y privilegiado para la negociación social, la configuración de identidades, la identificación con héroes y antihéroes, el posicionamiento y el debate ideológico, la confrontación de valores y la afirmación-negación de creencias, no tanto en forma verbalizada sino performada y celebrada, como corresponde al ámbito de lo ritual y lo festivo.

Triqui trueque

El Halloween desde el punto de vista performativo se caracteriza básicamente por la interacción entre

¹² Aunque con frecuencia se menciona que desde los años 70 en EEUU existen sádicos que envenenan los niños con dulces o que introducen vidrios en ellos, está documentada esta idea desde los años de 1930. En 1985, dos profesores de la California State University, Joe Best y Gerarld Horiuchi mostraron que entre 1959 y 1984 solo se encontraban 76 casos en la prensa de EEUU. De ellos, sólo 20 casos fueron reales y con ninguna implicación seria para los niños. De los dos únicos niños muertos por esta causa en 15 años, uno fue por intoxicación con heroína que tomó sin permiso en casa de un tío, y el otro envenenado por su padre (Cohen y Coffin 1991:379). Los investigadores concluyeron, pues, que el sádico del Halloween era un mito o, como diríamos hoy, una leyenda urbana.

recorrer y visitar <=> esperar y atender
pedir o exigir <=> dar o negarse a dar

De un lado se lleva la iniciativa, se produce el desgaste energético y las transformaciones: disfraz, máscara o maquillaje, recorridos, desplazamientos, correr, saltar, llamar, golpear puertas, irrumpir, entonar estribillos, gritos, gesticulaciones, tender la mano, pedir, amenazar, asustar, provocar miedo, ternura o admiración, recibir o arrebatarse...



Del otro lado se adopta la actitud pasiva, pero complementaria, de la interacción: decorar el lugar para llamar la atención, atraer, invitar; esperar pacientemente, abrir o dejar abiertas las puertas, recibir, acoger, atender, aguantar, escuchar, sonreír o mostrar temor o ternura, admirar, encomiar, obsequiar, dejarse arrebatarse...



De un lado está el débil, el niño, el joven, el que irrumpe en los espacios privados y que se apropia de los espacios públicos, el de inferior jerarquía, el errante, el desconocido, el oculto en el anonimato, el enmascarado o disfrazado, el monstruo, el “otro”, el que infunde miedo, el que pide o, como diría Lévi-Strauss (1995), la muerte.¹³ Del otro lado está el propietario, el verdadero dueño, el que lo representa o su cancerbero, el habitante o residente, el adulto que no se disfraza, el de superior jerarquía, el que tiene, el que da, el que teme, la vida.

Junto a ellos o en torno a ellos están los acompañantes, por un lado, y los involucrados de manera fortuita, por otro; actores secundarios que amplifican, hacen eco o coro, reiteran las acciones de los protagonistas, pero que a veces se convierten en protagonistas.

En el Halloween la sociedad exhibe, ensaya, experimenta, enseña, recrea las miles de formas de pedir y de dar, de expresar simbólicamente, de respetar y violentar

¹³ “...the Halloween, when children play the part of the dead to make demands on adults, and Christmas, when adults indulge children in celebration of their vitality” (Lévi-Strauss 1995:49).

ritualmente las jerarquías, de celebrar la interdependencia entre ellas, su viciosa necesidad.¹⁴

El trabajo etnográfico de la fiesta muestra también la fluidez y la diversidad en la manera de posicionarse los diferentes actores frente a la fiesta y a las jerarquías sociales. Por ejemplo, en 1997, un cuidador de carros en la calle, en la zona del centro, asumía la posición de propietario; la calle, la vía pública era su propiedad; el día de Halloween colocaba una “bomba” anaranjada (un globo de helio) amarrada en la puerta de cada carro parqueado en “su” calle. Al preguntarle por su gesto y si cobraba el globo, decía que no, que lo hacía porque había que tratar bien al “cliente”. Él, una persona que a diario es un pedidor, un marginal, con este gesto, con este obsequio se convertía en propietario que cuida su clientela, en dador. El caso contrario es el cuidandero de los carros en el barrio Pablo VI que, en el 2002 y en el 2003 se colocaba una máscara de monstruo para arrebatar con violencia simbólica la propina que los otros días del año suplica con respeto y amabilidad. Por otra parte, ambos casos muestran un tipo de “pedidor” que no recorre las calles buscando su presa, sino que la espera, apropiándose de un espacio público.



¹⁴ Los trabajos pioneros de Marcel Mauss (1924) o más recientes como los de Emilia Ferraro (2004), por ejemplo, han enfatizado los vínculos del don o de los regalos con el fortalecimiento del poder y las jerarquías.

Cerca de la media noche del 2003, en la populosa localidad de Kennedy, un grupo de unos 15 jóvenes seguidores del grupo metalero Kiss recorren las calles de tienda en tienda pidiendo “chorro” (trago o licor) con la rima del triqui triqui; luego entran a un bar roquero a ver videos de la banda, y siguen su recorrido callejero pidiendo trago. En este caso, los jóvenes trasladan la lógica del pedir dulces al trago. Ese mismo año, en la zona del centro, otro grupo de jóvenes metaleros que están tomando licor, observan un grupo de gamines o niños que viven en la calle y que van pidiendo dulces. Compran un paquete de dulces o caramelos y les regalan a los niños. En este caso los pedidos se transforman en dadores, los supuestamente satánicos “robaniños”, se enternecen ante ellos y actúan poniéndose en el lado opuesto del polo de la fiesta.

Si observamos la forma como actualmente se celebra el Halloween en las ciudades colombianas, y concretamente en Bogotá, podemos percibir un lento pero claro desplazamiento en los recorridos y en su espacialización que tiene que ver con la misma transformación de la ciudad y de las relaciones socioespaciales en ella.

En los años setenta se producían dos grandes tipos de movilizaciones en el macroespacio citadino: un movimiento centrípeto de la clase alta y media que giraba en torno a los colegios y al barrio donde se visitaban principalmente las casas y las tiendas y, en forma secundaria, las grandes zonas o avenidas comerciales; de otro lado, un movimiento centrífugo de las clases populares que normalmente descendían de los barrios en los cerros orientales y surorientales y recorrían a pie grandes distancias para literalmente invadir la planicie bogotana, los barrios de clase media, alta y los sectores comerciales, pues en los barrios populares no había a quién pedir, o el botín era ínfimo.

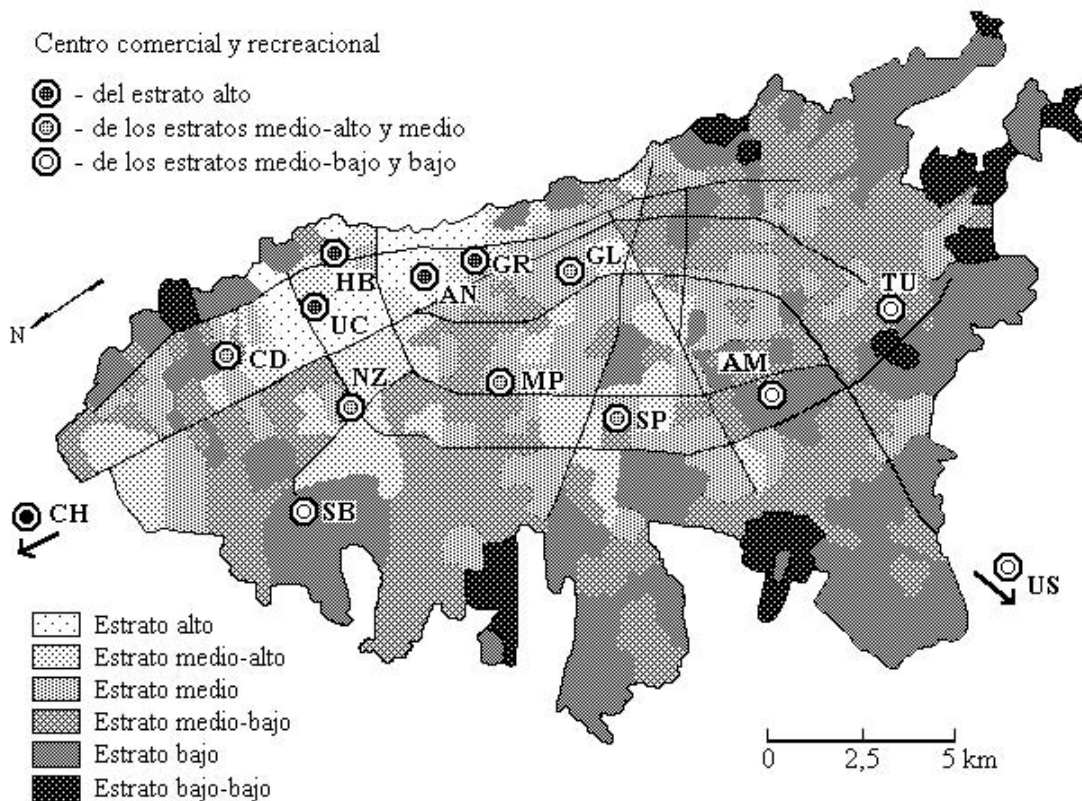


Con el crecimiento acelerado de la ciudad se crean zonas, localidades o subciudades con todos los servicios, lo cual la fragmenta todavía más. La inseguridad favorece la expansión del modelo habitacional del “conjunto cerrado”, lo cual impide la circulación de personas ajenas y las visitas para pedir dulces a niños que no sean del conjunto; barrios residenciales, casas de familia, colegios y universidades –incluso las públicas– se amurallan y cercan. Por razones similares el comercio adopta también el modelo del “centro comercial” –que se inició en Bogotá con Unicentro, en 1976-¹⁵ y, más recientemente, en los 90, el de los

¹⁵ Actualmente hay más de 14 centros comerciales de más de 150 locales (algunos hasta con 500 locales comerciales). “El acceso al nuevo mundo solamente es posible pasando por un “control de caras” en la entrada, ya que este espacio público es de propiedad privada. Según GERHARD (1994, P.63) se ‘privatiza la plaza’ y se cierra el centro urbano para grupos marginales. Los centros comerciales y recreacionales son el espejo de una sociedad que se esconde detrás de muros y condominios y que no quiere saber nada de los problemas sociales. Sobre todo la juventud del estrato alto bogotano se cría en espacios cercados: del condominio cercado al colegio cercado y de allí al centro comercial cercado. En vez de enfrentarse con los problemas sociales reales, el estrato alto se salta de un lote “seguro” al próximo (...) El centro comercial y recreacional es una utopía urbana: una ciudad ideal, en la cual no hay problemas ni crímenes. Llegando de la calle con su ruido y su contaminación, uno entra a un ambiente tranquilo que está lleno de vegetación, colores y música suave. En el centro comercial siempre es de día, nunca caen aguaceros y cada navidad es blanca. No hay lotes sin construir, muros embadurnados o construcciones en ruinas. En el microcosmos del centro comercial tampoco existen vendedores ambulantes, gaminos, ladrones o prostitutas que puedan dañar la imagen. Están prohibidos los eventos políticos y la distribución de volantes. La observación en el centro comercial es total, todo se nota. A cualquiera que se comporte extrañamente inmediatamente se le acercan vigilantes para interrogarlo.” (Müller 2001).

hipermercados. Las calles y avenidas comerciales siguen vitales hoy, pero la circulación de compradores y visitantes se concentra cada vez más en dichos centros que ofrecen parqueadero gratuito, seguridad, servicios bancarios, restaurantes, recreación y diversidad de locales comerciales.

Figura 1: Estratificación socioeconómica de Bogotá (1986) y distribución de los centros comerciales y recreacionales



Fuente: Müller 2001; estratificación socioeconómica según GUHL/PACHON 1992, P.9

En el Halloween los niños siguen hoy saliendo por las calles, golpeando en las puertas de las casas y apartamentos, recorriendo las tiendas de barrio y las avenidas comerciales, pero cada vez menos. El llamado poderoso de luz, color, música, decoración espectacular, recreación, concursos, regalos... de los centros

comerciales e hipermercados es difícil de evitar.¹⁶ Los conjuntos habitacionales cerrados también han organizado sus fiestas de Halloween y contratan recreacionistas, decoran profusamente las áreas comunes y las casetas de los vigilantes.



¹⁶ *El tiempo*, Bogotá, Jueves 31 de Octubre de 2002. "Halloween en Cafam Floresta. Para celebrar hoy el día de los niños, Cafam Floresta Mundo Comercial tiene preparadas muchas sorpresas para grandes y chicos. Las actividades, que empezarán a las 5 de la tarde, incluyen Show de Magia de Gustavo Lorgia, quien estará acompañado por J. Mario Valencia, presentador de la televisión nacional; concierto del Grupo Arcoiris con canciones y bailes infantiles y juveniles, y además recreación dirigida para los niños".



La celebración nocturna de los jóvenes y adultos –muy próxima a una fiesta de carnaval- por el contrario no ha cambiado mucho desde los 70: recorridos callejeros disfrazados en grupo a pie y en carro, fiestas de disfraces en casas particulares o en lugares alquilados por los jóvenes –incluso en casas desocupadas-, fiestas de disfraces organizadas en discotecas, restaurantes, bares, fiestas masivas en lugares amplios con música en vivo y/o con disk-jockey, fiestas en lugares públicos y abiertas a todo el mundo, auto-organizadas por jóvenes, como el ya famoso “Aquelarre” de la Universidad Nacional.





El Halloween hoy en Bogotá –y tal vez en muchas ciudades de Colombia y el mundo- es en buena parte un rito y una fiesta del consumo capitalista. Es la ritualización y celebración del *shopping*, del ir de compras, de tiendas, a mercar, al centro comercial o al supermercado, del consumo. Cientos de miles de niños, acompañados por sus padres o familiares recorren las pequeñas tiendas de la esquina, las calles comerciales de los barrios, visitan los centros comerciales y grandes supermercados en una forma compulsiva hasta el agotamiento. Es claro que en el fondo –para muchos niños- no se trata de los dulces (mi hija todavía tiene dulces en la casa del Halloween pasado), sino de una ritualización del consumo, del acumular bienes perfectamente prescindibles, de mostrar el poder de acumular. El Halloween es también una evidencia de la actual capacidad de socialización de los niños con respecto a los adultos –como ya señalaron algunos estudios sociológicos en los años 60 (Goslin 1969)-, del poder de los niños para vincular a los adultos al consumo.

En el Halloween no solo se exorcizan los temores de los niños y adultos a la noche, a la calle, a los monstruos o al extraño, sino que la sociedad de propietarios, los dadores, exorcizan el temor a quedarse sin clientes, al robo de la mercancía, al saqueo, y la sociedad en general al temor de que este orden de cosas de la sociedad de mercado y del consumismo se colapsen o pierdan su dinámica creciente.

El hecho de que el Halloween sea una ritualización del consumo no necesariamente la convierte en una fiesta comercial, en el sentido de fiesta creada, controlada y manipulada desde el comercio. En Bogotá tienen mucho mayor peso para el comercio en cuanto a ventas la Navidad y, en segundo lugar, el Día de la madre y el Día del amor y la amistad. En el Halloween sólo un pequeño sector económico se beneficia (dulces, disfraces, decoración, recreación y rumba), y sólo durante un día. Sin embargo todos los comerciantes apoyan la fiesta, no importa de qué ramo sean, al abrir sus puertas a los niños y brindarles los dulces, como si supieran que es su fiesta, que es la fiesta del consumo, del mercado, como si de una labor pedagógica se tratara, como si estuvieran formando a los consumidores y clientes del futuro.

Como plantea Marcel Mauss (Mauss 1924), los regalos hechos de un superior a un inferior pueden entenderse como un acto caritativo, de deferencia, de nobleza y grandeza, con lo cual se reafirma la relación jerárquica, aunque en este caso la violencia simbólica dada por las máscaras terroríficas y las amenazas de las rimas de los “inferiores” pareciera que no se tratara de un obsequio sino de una forma de calmar los temores, de “sacrificio”.¹⁷ El mismo Mauss, a partir de los trabajos de Boas sobre los kwakiutl, señaló cómo las faltas rituales deben expiarse con dones. En ese sentido, los regalos son portadores de los pecados del dador, que el receptor debe “digerir”, ya mediante acción ritual, ya devolviéndolos incrementados. En este caso se cumplen las dos condiciones, pues los pecados –¿el pecado del consumismo o del beneficio desproporcionado del comerciante?– son literalmente digeridos por los niños y los regalos serán devueltos más tarde, incrementados, gracias a los hábitos consumistas inducidos en ellos. El don, en realidad es una

¹⁷ « L'aumône est le fruit d'une notion morale du don et de la fortune, d'une part, et d'une notion du sacrifice de l'autre. La libéralité est obligatoire, parce que la Némésis venge les pauvres et les dieux de l'excès de bonheur et de richesse de certains hommes qui doivent s'en défaire: c'est la vieille morale du don devenue principe de justice; et les dieux et les esprits consentent à ce que les parts qu'on leur en faisait et qui étaient détruites dans des sacrifices inutiles servent aux pauvres et aux enfants » (Mauss 1924:24).

“ideología del intercambio, mientras que la deuda es su realidad, su práctica” (Ferraro 2004:30).

Pero el Halloween es mucho más que todo esto. El análisis de su simbolismo, de lo arquetípico y al mismo tiempo la historicidad de los disfraces, de su dimensión tempoespacial, de la microetnografía de las interacciones, de la creatividad e innovación permanente, de las diferencias de clase en la forma como se celebra, de las relaciones entre generaciones y grupos de edad, o entre padres e hijos, muestran su riqueza, su complejidad y abren otras perspectivas de interpretación, que no desarrollaremos aquí por razones de espacio.

¿Otro intento frustrado de carnaval para Bogotá?

Como mostramos en la cita que inicia este trabajo, el nuevo alcalde de Bogotá, “Lucho” Garzón, en enero de este año manifestó a la prensa su intención de crear un carnaval, una fiesta para Bogotá, y que probablemente se situaría en el mes de agosto, en las fechas de la fundación de la ciudad. El interés político en la fiesta tiene que ver con cierto estilo populista y con el propósito de fortalecer el tejido social, la participación y el sentido de pertenencia de los bogotanos con su ciudad. Encargó la tarea a la directora del Instituto Distrital de Cultura y Turismo, Laura Restrepo, pero ésta dejó el cargo a los pocos meses por razones personales. La reemplazó Martha Senn, cantante de ópera reconocida en el país. Una de las primeras comunicaciones que hizo a la prensa tuvo que ver con el replanteamiento de la propuesta de carnaval que ya venía adelantando un equipo de expertos nacionales e internacionales. Martha Senn, recogiendo el sentir de algunos sectores sociales en Bogotá, lo primero que hizo al posesionarse fue cuestionar el proyecto de carnaval, manifestando sus temores por el mantenimiento de orden público y la seguridad en la ciudad, más siendo ampliamente conocido que Bogotá tiene altos

índices de inseguridad y violencia, y que Colombia es un país en guerra. En el informe al alcalde dice:

"El ambiente generado en un carnaval se asocia a comportamientos desmesurados, coloca a la comunidad en posición de alta vulnerabilidad y arriesga al gobierno de la ciudad a eventos de consecuencias inciertas".

En reemplazo del carnaval propuso una fiesta educativa que se desarrollaría paulatinamente, en cuatro fases o años, y que se situaría no en agosto, sino el 7 de diciembre, en la fiesta de las velitas que abre la Navidad, y que conectaría precisamente con el Halloween. Se aprovecha la popularidad del Halloween en Bogotá y la masiva participación de niños y colegios en la fiesta para atrapar esa energía festiva y proyectarla hacia el carnaval.

"Primer tramo (2004): CARNAVAL DE LAS NIÑAS Y LOS NIÑOS.
Bajo el lema: "¿Cómo quisiera ser, de dónde vengo, para donde voy, cómo soy?". Octubre 31 y Diciembre 7, día de las velitas.

Segundo tramo (2005): CARNAVAL DE LA DIVERSIDAD.
Las escuelas de carnaval abiertas a partir del presente año desde el Instituto de Cultura y Turismo, acompañarán los festivales que suceden tradicionalmente en las distintas localidades.

Tercer tramo (2006): CARNAVAL DEL TRUEQUE.
Con ejercicios de exportaciones e importaciones creativas Cultura y Turismo promoverá la presentación de fiestas y ferias locales en otras comunidades a fin de enriquecer la red de arte y artesanías populares.

Cuarto tramo (2007): CARNAVAL DE LA RECONCILIACION.
Una fiesta colectiva que nace con la propuesta de las niñas y de los niños crece a través del Carnaval de la Diversidad y del Carnaval del Trueque realizados en los tres años anteriores y se resume en el común denominador de la reconciliación."

(Página web del IDCT: www.idct.gov.co).

Lo programado para este primer año -que es lo concreto por ahora- es un desfile de comparsas altamente regulado por la administración distrital, con tema obligatorio, con formato preestablecido, con inscripciones previas muy exigentes en las formalidades legales (se requiere estar legalmente constituido para participar), en las inhabilidades y en su diseño: 50 niños o jóvenes en las categorías de 7 a 11 años, y de 12 a 18, con 10 acompañantes adultos. Habrá un jurado calificador y las dos propuestas mejor calificadas de cada de las 20 localidades de

la ciudad, recibirán un premio de 2 millones y medio de pesos (unos 1000 dólares), y serán las que desfilarán el día 31 de octubre y el 7 de diciembre.



Lo que encontramos aquí es la creación de un desfile a la manera de lo que sucede en los sambódromos infantiles en Brasil. Esto es algo que vienen realizando en el suroriente de la ciudad un grupo de maestras de primaria con los niños desde hace unos 20 años el 31 de octubre -el Carnaval Solorienta-, y que ahora se propone para toda la ciudad. Si bien la idea es interesante, corre el riesgo, como realmente ha sucedido en la experiencia mencionada, de la pedagogización y formalización excesiva. La libre circulación de los niños por la ciudad, la invasión de los espacios públicos y privados, se delimita y reglamenta. Una vez más, el Estado trata de controlar y pedagogizar la fiesta popular y para ello echa mano de los niños y de la escuela.

No obstante, la propuesta de los cuatro años resulta valiosa y promisoriosa en la medida que pretende promover las expresiones callejeras organizadas en las 20

localidades, descentralizando la fiesta, al mismo tiempo que favorece su rotación e intercambio.

¿Qué pasará con el Halloween? ¿Cómo se afectarán mutuamente el Halloween y la nueva fiesta propuesta por la administración? ¿Qué rumbo tomará esta nueva fiesta? ¿Se consolidará, por fin, como la fiesta de Bogotá? Tal vez no llegue a ser sino otro intento frustrado, o tal vez los bogotanos se decidan después de más de 150 años a tener una fiesta que los convoque a todos.

Mientras Bogotá busca su fiesta, el Halloween se sigue expandiendo por las ciudades de Colombia y de todo el planeta, al igual que lo hicieron las fiestas religiosas en el mundo católico desde la Edad media, o los carnavales desde el s. XV, o las fiestas patrióticas con el advenimiento de los Estados-nación, o las ferias y fiestas modernas como las que se promovieron en Colombia desde la década de 1950, actualmente controladas por las industrias licorera y cervecera. Hoy el Halloween se expande en las grandes ciudades porque celebra el consumo capitalista y los vínculos precarios de lo urbano, del espacio público; no celebra una comunidad inexistente en la gran urbe. “La fiesta basada en la fraternidad difusa, al contrario de la basada en la fraternidad fusional, conduce a su máxima expresión la inautenticidad que caracteriza el espacio público, las potencialidades de la pura exterioridad y del anonimato, la renuncia a la identificación (...) no se basa en la comunión, sino en la comunicación” (Delgado Ruiz 2002:172).

Lo que vaya a pasar en Bogotá no lo sabemos, pero vamos a estar muy atentos a este experimento social, no sólo como observadores sino como actores. En el 2007 tal vez sabremos si Bogotá ya encontró su fiesta.

Bibliografía citada

- Adell Castán, José Antonio, y Celedonio García Rodríguez. 1988. *Fiestas tradicionales del Altoaragón*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- Bonewits, Isaac. 2004. "The Real Origins of Halloween," 1998 y 2004. <http://www.neopagan.net/Halloween-Origins-text.html>.
- Cattabiani, Alfredo. 1990. *Calendario : las fiestas, los mitos, las leyendas y los ritos del año*. Milano: Rusconi.
- Cohen, Hennig, y Tristram Potter Coffin. 1991. *The Folklore of American Holidays*, 2 edición. Detroit, Mich.: Gale Research Co.
- Delgado Ruiz, Manuel. 2002. *Disoluciones urbanas. Estética expandida*. Medellín: Universidad de Antioquia
- Universidad Nacional de Colombia.
- Ferraro, Emilia. 2004. *Reciprocidad, don y deuda. Formas y relaciones de intercambios en los Andes del Ecuador: la comunidad de Pesillo*. Quito: FLACSO - Abya Yala.
- González Pérez, Marcos. 1993. "El calendario festivo," en *Los imaginarios y la cultura popular*. Editado por J. E. Rueda Enciso, pp. 23-34. Bogotá: CEREC - CODER
- Goslin, David A. 1969. *Handbook of socialization theory and research*. Chicago: Rand McNally.
- Lévi-Strauss, Claude. 1995. "Father Christmas Executed," en *Unwrapping Christmas, Oxford Studies in Social and Cultural Anthropology*. Editado por D. Miller, pp. 38-51: Clarendon Press
- López Cantos, Ángel. 1992. *Juegos, fiestas y diversiones en la América Española*. Madrid: MAPFRE.
- Mauss, Marcel. 1924. "Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques." http://www.uqac.quebec.ca/zone30/classiques_des_sciences_sociales/index.html.
- Miller, Daniel. Editor. 1995. *Unwrapping Christmas. Oxford Studies in Social and Cultural Anthropology*: Clarendon Press.
- Miñana Blasco, Carlos. 1997. *De fastos a fiestas. Navidad y chirimías en Popayán*. Bogotá: Ministerio de Cultura - Centro de Documentación Musical.
- . 2002. "Escuela modernizadora, escuela folclorizadora. Sobre usos, abusos y desusos de fiestas en la escuela." *III Encuentro para la promoción y difusión del patrimonio folclórico de los países andinos. Influencia y legado español en las culturas tradicionales de los Andes americanos, Granada, España, 2002*, pp. 368-386
- Müller, Jan Marco. 2001. "Grandes centros comerciales y recreacionales en Santafé de Bogotá: Origen, características y tendencias de desarrollo," en *Revista Perspectiva Geográfica* 3.
- Pérgolis, Juan Carlos, Danilo Moreno Hernández, y Luis Fernando Orduz G. 1998. *La ciudad de los milagros y las fiestas : redes y nodos en la creencias y la rumba en Bogotá*. Bogotá: Observatorio de Cultura Urbana : TM Editores.